-Entónces te mataria, dijo Jacinto, y sin dar tiempo á don Alfonso de defenderse, le tiró un pistoletazo á quema ropa.

El insurgente vaciló un instante, y cayó despues revolcándose en su sangre.

Jacinto tomó en sus brazos á Luz, y desapareció en la fragosi dad de la montaña,

## CAPITULO XI.

De la conspiracion tramada contra su Excelencia el virey

Don Francisco Javier Venegas.

1

En uno de los callejones mas apartados de la ciudad, que leva por nombre La Polilla, y está situado en la parte Sur de la poblacion, estaba la casa de don Antonio Rodriguez Dongo, donde se recibia esa noche memorable á los conjurados.

Fray Juan Nepomuceno Castro y otros dos hermanos de la órden estaban en la junta, el licenciado don Antonio Ferrer, alma de aquella conspiracion, un cabo del regimiento del Comercio, Iglas páginas del célebre proceso.

Luego que todos los conjurados se encontraron reunidos, fray Juan tomó un Crucifijo, y recibió juramento de no revelar ni una palabra de cuanto iba á pasar en la sesion.

Todos juraron silencio.

Il licenciado Ferrer tomó la palabra:

-Señores, se trata de consumar la revolucion iniciada por Hidalgo, y á la que á dado tanto ser el cura Morelos, vencedor en cien encuentros, y que á esta hora se dirije sobre la capital con su ejército. Si hace un año hubiéramos hecho un solo esfuerzo, los insurgentes se apoderan de México, y ya seriamos independientes.

Aquella época de vergüenza para nosotros, que vimos con los brazos cruzados sacrificar á nuestros hermanos, ha pasado: toca rehabilitarnos ante la revolucion y ante la patria.

Un aplauso unánime resonó en todo el salon.

-He recibido esta mañana unos pliegos del general Morelos, invitándonos á romper este yugo ominoso; el coronel insurgente don Alfonso Piedra-Santa es el emisario que ha penetrado furtivamente en la capital.

-Rayo de Dios! dijo uno de los conjurados, ese hombre aquí! Aquella esclamacion fué recibida como un rasgo de entusiasmo.

--No se trata ahora, continuó Ferrer, de librar una batalla, sino de apoderarnos de la persona del virey y hacerle firmar su ab dicacion, entregándole el gobierno al general Rayon, nombrado presidente de la junta instalada en Zitácuaro.

-Cuál es el plan? preguntó con avidez uno de los conjurados.

-- La combinacion es muy sencilla: el virey sale diariamente, entre cuatro y cinco de la tarde, al paseo de la Vigu: no le acompañan sino unos cuantos dragones, á quienes pondremos en fuga al primer disparo.

-Y la guarnicion? insistió el conjurado, ¿qué hará al saber la aprehension de Venegas?

Alzós e entonces Cataño, y dijo con voz sonora:

-Yo respondo del batallon del Comercio: cuento con todos mis amigos, y ya es un negocio arreglado; la fuerza que queda en la plaza seguirá el movimiento, y si no pelearemos hasta morir.

Las palabras de Cataño fueron acogidas con entusiasmo.

-Bien, continuó el hombre que se empeñaba en saber hasta el filtimo detalle; y quién se encargará de la empresa?

Levantóse á su vez Rafael Mendoza, hombre atrevido y de valor indomable, y esclamó con acento siniestro: --Yo!

—¿Y con qué elementos cuenta usted para ese lance?

—Cuento con José María Gonzalez, que tiene ya dispuesta su gente para arrojarse sobre la guardia de la Acordada, y con Mariano Hernandez, que me acompañará á la aprehension de Venegas. Creo que no se necesita mas.

Púsose á discusion el plan, que fué aceptado por todos los conjurados.

Fray Juan, que queria elevar á la altura de un asunto sagrado aquel negocio, exhortó á los conspiradores á no desistir de la empresa, bendíjoles con la fé de un sacerdote, y la cita quedó concertada para el siguiente dia, á las cinco de la tarde, en el paseo

Hemos visto á uno de los conspiradores enterarse con ansiedad de toda la combinacion, y nuestros lectores seguramente lo ha-

Efectivamente, aquel hombre salió de la casa de Dongo, y se dirigió á la de su habitacion, que estaba situada en la calle del

Era una casa entresolada y sombría, apénas amueblada, parecia mas bien un calabozo.

Entróse el conjurado hasta la última pieza, donde habia una pequeña lámpara encendida frente al cuadro de una Dolorosa.

-Hermano! contestó la jóven despertando sobresaltada.

-La soledad. . . . la noche. . . .

- -Tienes razon, ya es tarde, van á dar las once.
- -Te veo preocupado, ¿qué tienes?
- -Nada! . . . .
- -Es que tus ojos han tomado un tinte siniestro.
- -Luz! gritó Jacinto, á quien habrán reconocido nuestros lectores, tú me ocultas algo.
  - -Yo? dijo asustada la joven.
- -No sabes que soy terrible en mis venganzas, y juegas con el rayo.
- -Jacinto! Jacinto! esclamó la jóven arrodillándose.
- -Vamos, levanta. . . . dime; pero cuidado con mentir! . . . ; has visto á Piedra-Santa?

Una lividez mortal apareció en el rostro de Luz; su hermano le avisaba de la llegada de su amante, aquella era una felicidad inmensa.

Despues de un momento de silencio, contestó con la seguridad de quien no miente:

- -Jacinto, no le he visto.
- -Ese miserable ha traido unos pliegos del cura Morelos.... yo le atajaré en su camino.
- -Pero hermano, ¿dime qué ofensa te ha heche don Alfonso para que así lo aborrezcas?
- -Oyeme, Luz, yo aborrezco á los insurgentes. . . . ese es mi secreto. . . . y cuando yo pensaba que entre ellos y yo no habia mas que sangre y venganza, se atraviesa tu amor como una maldicion ... imposible! ... imposible! ...

Luz inclinó la cabeza, y empezó á llorar con amargura.

-He ofrecido, continuó Jacinto, contrariar mi destino, y lo lo graré al fin! . . .

Acercóse á la mesa, escribió algunos renglones en un cuarteron de papel, se lo puso despues en la cartera, y se salió de la casa sin despedirse de su hermana.

Atravesó la calle de Santa Inés, siguió por el costado de Pala-

eio, volvió á la izquierda, y entróse por la puerta principal de aquella estancia de los vireyes.

Subió la escalera, habló al oido algunas palabras al oficial de guardias, y penetró en la cámara de Venegas.

Luego que Jacinto abandonó su casa, un embozado que estaba en el dintel de un zahuan en la acera del frente, cruzó la calle y dió tres toques á la ventana.

- -El es! esclamó Luz, y abrió la madera, que apénas crujió al dar paso á la jóven, que se puso á la reja.
- -Al fin te encuentro! dijo con honda ternura don Alfonso.
- —Sí, aquí estoy, y tuya como siempre, siempre tuya!
- --He pasado tanto tiempo sin verte, sin oir tu voz, sin abrasarme en el fuego de tu aliento, que mi espíritu se ha agostado, como las flores cuando el sol les niega sus rayos y la aurora sus lágrimas! . . . pero no te he olvidado un solo instante: he pensado contigo, he soñado, y tu imágen no me ha abandonado un solo momento. ... porque yo te amo con delirio, con idolatría!
- -Don Alfonso, tú me enloqueces... mira en mi semblante las huellas de un llanto continuo. . . . desde aquella noche en que caiste atravesado por el plomo, te lloro muerto é invoco tu espíntu.... hace un instante mi hermano me ha dicho que vivias.... yo sabia que vendrias á mi encuentro: he sentido tus pasos en mi corazon.... Dios mio! estás á mi lado, y yo no he muerto de pla-

Don Alfonso tomó aquellas manos que acariciaban su frente, las besó mil veces en la excitacion ardiente de su cariño.

Hay momentos en que las palabras se agotan, porque son imotentes para espresar los sentimientos del alma; entonces los ra-

yos del corazon se desprenden al traves del pecho, y se deshacen en una mirada de pasion que nos hace estremecer como un soplo de aire á las ramas de los árboles.

El aliento de fuego, la palpitacion del seno, la languidez del semblante, todo revela la trasformacion del espíritu en una emanacion purisima de la divinidad; porque la hora de un amor santo es la hora del bien: parece desprenderse el alma del barro, sublimarse en el éxtasis de los ángeles, acercarse á Dios en vuelo manso y apasible á traves de esa bóveda azul que nos rodea!

Amar! . . . resplandecer! . . . iluminar el cielo oscuro de la existencia con esa aurora boreal del corazon; tender pabellones de fuego sobre el horizonte de la vida; sentirse estraño á las miserias humanas; tornarse en aroma, en luz, en incienso, en rocio; esten. der las alas del pensamiento; ensancharse como un suspiro dentro del seno, y ceñirse de esa aureola que se llama amor en el idioma de los serafines, es vivir en un momento una eternidad, apurar en una sola gota todo el bálsamo de la existencia en su encadenamiento con el cielo! . . .

Aquellos dos séres habian nacido para amarse, y entraban en la predestinacion del infortunio.

La pobre niña no habia sentido jamas lo que era amar antes de conocer al insurgente, y aquel hombre habia mantenido en reposo el mar de sus pasiones, encadenando las olas que amenazaban devorarle, hasta que Dios le puso delante á aquella criatura como la cifra de su destino.

Don Alfonso amaba con idolatría: el amor tomaba posesion de aquel pecho, para no desarraigarse sino con el último aliento.

- -Háblame, decia la jóven, háblame, para convencerme de que no sueño.
- -No, respondia don Alfonso, no es una quimera: toco tus manos, beso tu preciosa frente como en aquellas noches de dulzura y melancolía que pasábamos en las sombras de la gruta. ... ilo recuerdas? . . . . allí te encontré recogiendo las flores de la montaña, y te conté mis amores, ¿no es verdad? . . . . tú estabas trému-

la, agitada; yo te veia con pasion, porque te amaba desde que te conocí... tú me escuchabas con la timidez de la tórtola; ¡qué hermosa estabas! . . . . yo esperaba de tus lábios una palabra de compasion... Dios mio, ¡qué felicidad!... te acercaste á mí, reclinaste tu frente sobre mi corazon y lloraste, si, lloraste: nuestro amor comenzó con lágrimas, como la mañana con el rocío.

- -Sigue, sigue, decia Luz; la memoria de esa noche es mi te-
- -Desde entonces yo he sido feliz, muy feliz. . . . me parece todavía respirar el aroma purísimo de aquellas flores, y escuchar el agua que corria á nuestros piés entre las hojas. . . . me parecian tan cortas las horas! . . . .
- -Ahora todo es tristeza, respondió Luz, y dos lágrimas se desprendieron á lo largo de sus pestañas.

Embebecidos los amantes en el mundo de sus recuerdos, no percibieron que un grupo de embozados se acercaba entre las som bras hasta rodear la ventana.

- -El coronel Piedra-Santa? dijo uno de los embozados.
- -Yo soy, contestó don Alfonso.
- -0s intimo prision en nombre del rey. Luz temblaba, asida á las rejas de la ventana.
- -Estoy á las órdenes de usted.
- --Pues adelante.

Don Alfonso se puso entre el grupo, y sin hablar otra palabra dejó conducir paso adelante.

Una carcajada siniestra como el graznido del buho, se dejó oir nto á la ventana donde yacia la jóven inmóvil y silenciosa co-

Jacinto habia denunciado la conspiracion, y Venegas lleno de espanto, mandó aprehender á los conjurados, que cayeron en su mayor parte en manos de sus verdugos.

Dice la historia de aquellos dias de opresion y vasallaje, que grande sobresalto causó en la ciudad el descubrimiento de la conspiracion, aumentándose el terror del riesgo que se habia corrido, con el aparato del acuartelamiento de las tropas, apresto de artillería y patrullas frecuentes en los barrios.

El virey anunció por una proclama todo lo ocurrido, tratando en la misma de calmar la inquietud causada por las medidas precautorias que se habian tomado.

Los comandantes de los cuerpos que guarnecian la capital, se apresuraron á manifestarle la confianza con que podia contar con la tropa, siendo notable el oficio del coronel del Comercio, don Joaquin Collo, en que decia: "que con los ciento cincuenta granaderos de su cuerpo, formados delante del Palacio, no habria quien se atreviese á asomarse á él, ni aun á mirarlo."

Todas las autoridades, todas las corporaciones civiles y religiosas de dentro y fuera de la capital, protestaron á Venegas su adhesion; el cabildo eclesiástico de México hizo celebrar una solemne funcion de accion de gracias, por haberse descubierto la conspiracion. A su imitacion, hizo lo mismo el de la Colegiata de Guadalupe y demas catedrales.

El consulado puso á disposicion del virey dos mil pesos, para gratificar al que habia dado el primer aviso, ofreciendo cinco mil para los que en lo de adelante denunciasen las tramas de igual naturaleza que se formasen; y el ayuntamiento de México, excediendo á todos los demas cuerpos en sus protestas de fidelidad al

soberano y adhesion al virey, no solo fué una de las primeras corporaciones que felicitó á este, por medio de una comision en la mañana misma del dia tres, sino que acordó se esculpiesen en piedra dos inscripciones, en latin y castellano, que recordasen el suceso, y se fijasen en la fachada de las casas municipales.

Los presos estaban irremisiblemente sentenciados.

Los españoles estaban terribles: esparcióse la noticia de que el licenciado Ferrer seria sentenciado á deportacion, y en tumulto se dirigieron al Palacio, donde obtuvieron del virey la promesa de que si la sala del crimen no condenaba al reo á la pena capital, él lo mataria para tranquilizar los ánimos.

El 27 de Agosto se notificó á los reos la sentencia de muerte: el licenciado Ferrer se desplomó sobre el suelo, rompiendo con su abeza las hojas de la causa; así se conserva aún en nuestros ar-

Cayetano Ayala, Dongo y los demas conjurados, oyeron impasibles aquella fatal sentencia, ni aun se inmutaron cuando el escribano se las dió á besar.

Al insurgente Piedra-Santa, no lo consideraron digno ni aun de escuchar su sentencia.

Los frailes salieron desterrados para la Habana, y fray Juan Nepomuceno Castro murió en los calabozos de San Juan de Ulúa.

El insurgente Piedra-Santa estaba en un calabozo de la Inquicion: nada se le habia permitido, así es que estaba acostado sore las losas húmedas, esperando el momento en que debian ha-

Moria tranquilo, porque sabia que quedaba en la tierra una al-

ma que lo llorase: este consuelo esparce un perfume de tranquilidad en las últimas horas de la existencia.

Aquella terrible situacion no inquietaba como debiera el ánimo esforzado del insurgente; sabia que al tomar las armas, tarde 6 temprano su destino era morir, y estaba resignado.

A fuerza de pensar se habia quedado profundamente dormide, como tantas veces en las piedras de las montañas y al raso de una noche de tempestad.

En el cuerpo de guardia los oficiales jugaban á los albures su prorateo.

- -Querido, ya estás empeñado hasta el mes de Setiembre.
- -- No importa; aun puedo apostar mis alcances.
- -- Eso seria abusar
- -Puede que cambie la suerte.
- --Pues sigamos.

El desgraciado capitan estaba de malas, y perdió sus billetes de alcance.

- -Espérense un cuarto de hora; traigo quinientos duros, veremos si me los ganan.
  - -Te esperamos, respondieron á una voz los camaradas.
  - -Ese demonio vá á traerse la caja del cuerpo.
- -Como que es nuestro pagador; pero eso sí, se ha portado como un hombre, no ha echado mano de la caja hasta no perder el último peso.
  - -Es un guapo chico!

Pasóse un cuarto de hora fumando y charlando, hasta que el capitan llamado Santa-María entró con las monedas.

- -Ya estoy aquí, nos batirémos cuerpo á cuerpo.
- -Aceptado el reto.
- -Pues á ello, yo pongo la banca.
- -Si se ha de creer en supersticiones, dijo un oficial, mi capi tan está de malas, ya las cartas le volvieron la espalda.
  - -- Es que este rey viene.
  - -- Apuesto al caballo.

-Demonio, el caballo en puerta.

-Lo dicho, está de malas.

-No importa, adelante con dos mil diablos!

Siguió el juego, y Santa-María perdió los haberes del regimiento.

Luego que desapareció la plata, aquel hombre comenzó á refleccionar sobre su situacion, que traia consigo la degradacion, el destierro, la vergüenza y la muerte en el porvenir.

Abismado en este océano borrascoso de ideas estaba abstraido, cuando su asistente le dijo al oido: una señora quiere hablar

Levantóse maquinalmente, y salió á la calle.

Una dama perfectamente tapada lo estaba esperando.

El capitan conoció que era una gran señora.

- -Deseo saber en que puedo servir, señora.
- -- Es un negocio, señor capitan, muy árduo, y que sin embargo es necesario resolver ahora mismo.
- -Ya tengo el honor de escuchar.
- —El señor capitan acaba de perder sus haberes.
- -Es cierto.
- -- Eso importa poco, pero ha seguido con los de su regimiento.
- -Sí, y es horroroso lo que me espera.
- Pues bien, yo os traigo el duplo de lo que habeis perdido. -Pero qué objeto? . . .
- -Me dareis la revancha.
- -- Estoy pronto.
- -Esta tarde ha sido sentenciado á la última pena un insurente cuya guarda está confiada...
- -A mi lealtad de soldado.
- -Necesito la libertad de ese hombre.
- -Es imposible, mi honor me lo prohibe.
- -Se olvida el señor capitan que su honor lo ha perdido en a carta hace un momento?

Santa-María guardó silencio.

LOS INSURGENTES.

--Entre la fuga de un reo que puede atribuirse á un descuido, á una circunstancia irreparada, y la accion infame de robar los fondos del rey para despilfarrarlos en una mesa de jue go, diga usted capitan lo que prefiere?

-La muerte por la fuga del reo, y no la deshonra, esclamó

el capitan.

-Bien, dijo la dama, sois todo un caballero; tomad esta sortija, os puede servir alguna vez, aquí está esta bolsa con cien onzas de oro, cuidado con buscar la revancha.

El capitan tomó lleno de vergüenza la bolsa con el oro, y se dirijió al calabozo de Piedra-Santa llevando un traje completo de soldado.

-Ea, despierte usted.

-Ya es hora?

-Demonio! no hay que hablar, póngase usted este uniforme, y sigame.

Piedra-Santa comprendió en el acto, se calzó el vestido, y tomando un aire marcial, siguió al capitan hasta la calle, donde lo esperaba la dama.

-Adios señora, dijo Santa-María.

-No os olvideis de la sortija, contestó la tapada, que segui da de don Alfonso se perdió á lo largo de la calle.

El 25 de Agosto de 1811, se levantó un magnifico cadalso en la plazuela de Necaritlan, el tablado estaba forrado de paño negro. Aquel lugar era el señalado para las ejecuciones.

Una doble ilera de soldados cerraba el frente y costados del patíbulo, y se estendia á una gran distancia en la calle, por dorde afluia una gran cantidad de pueblo curioso de presenciar ese espectáculo de sangre.

A las diez de la mañana aparecieron los sentenciados, precedidos de una pieza de artillería dispuesta á ametrallar á la multitud, caso de un desórden.

Todos veian con espanto ese solemne aparato, ostentacion miserable de crueldad y de injusticia.

El cabo Cataño habia probado que pertenecia á una familia noble, y reclamó las distinciones de su rango en sus últimos mo-

El Licenciado Ferrer venia montado en una mula con gualdrapa negra, y los otros sentenciados á pié entre la tropa.

Los frailes venian exortándolos, y los debotos y hermanos de cofradia rezando en alta voz como si se tratara de un auto de fé.

Ferrer y Cataño llevaban sacos verdes, y los demas reos, blancos y con cruces coloradas.

Ascendieron aquellos hombres las gradas del cadalso, y . . . . el verdugo hizo su fatal maniobra.

Un grito se exhaló de aquella multitud; era el gemido del pueblo, que veia espirar en el cadalso á unos de tantos mártires de la independencia mexicana.

Los cadáveres quedaron expuestos á la espectacion pública, los de Ferrer y Cataño permanecieron sentados, los demas quedaron suspendidos de una cuerda.

Unos hachones de cera chisporroteaban delante de los ajusticiados, como las antorchas del patriotismo delante de las cenizas reverendas de sus apóstoles.

Desde un ángulo de la plaza, y recatándose á las miradas del pueblo, un hombre habia presenciado las ejecuciones con una ansiedad horrible.

Con las miradas llenas de avidez, buscaba una víctima conocida entre aquellas señaladas por el verdugo.

Cuando se convenció de que no estaba lo que en vano se afanaba por buscar, lanzó una terrible maldicion, y abriéndose paso por entre la multitud, se echó á correr como un demente por las calles.

Llegó el desgraciado á la del Amor de Dios, empujó las pesadas maderas del zahuan, y se entró lleno de ansiedad á los aposentos. . . . todo estaba desierto.

-Dies mio! esclamó con desesperacion, ella . . . ella lo ha salvado . . . el destino . . . la maldicion de Dios!

Despues llevó las manos á su peeho, buscó el escapulario donde llevaba guardada la esmeralda que le habia legado su padre como unica herencia, y no la encontró.

Recordó entonces que habia colgado el amuleto á la cabecera de su cama, lo buscó entonces con mas ahinco, revolvió los muebles de la estancia sin lograr su objeto.

-Mi esmeralda! mi esmeralda! gritaba como un loco, quien me ha robado esa prenda de venganza?

Despues serenándose un tanto, dijo:

-No importa, mientras yo aliente, la prediccion no puede cumplirse, y yo vivo, y viviré; porque le sirvo al porvenir.

Dirijióse á la mesa donde tenia guardados lo mil pesos, premio de su traicion . . . tambien habian desaparecido, con ellos se habia comprado la libertad de Piedra-Santa; terrible coinci-

Jacinto sentia extraviar su cerebro y perderse en el mundo de lo irrealizable.

—Es necesario estar sereno para meditar mi venganza . . . . . ese hombre ha huido con Luz . . . me ha deshonrado . . . bien.... yo le cobraré estos momentos de amargura y lavaré la mancha que me arroja á la frente . . . ya estoy tranquilo . . . Satanás me ayuda . . . yo soy el último vástago de esa trágica familia que ha dejado su nombre escrito con sangre en seis generaciones . . . parece que llegamos al fin . . . escondámonos en la tumba con la dignidad de nuestros antepasados . . , el viento de otra vida sopla sobre mis cabellos . . . la hora ha llegado! . . .

Procuró tomar á fuerza de contener su rabia, su continente de reposo, ciñóse la espada, puso dos pistolas á su cintura, y abandonó la casa para siempre.